

‘Protocolo del quebranto’, la obra que nació de la guerra de Ucrania llega al FIAV Bogotá

Mario Vega, director y dramaturgo canario, viaja a Ucrania en medio de la invasión rusa para recoger testimonios y construir con ellos una obra de teatro sobre la guerra. En esta entrevista habla sobre el proceso de creación de su obra y el valor del arte para hacerle frente a la realidad. Una de las imperdibles del festival.

Daniela Villamarín, Agencia FIAV Bogotá

“Qué harías si Rusia llegase a ganar la guerra”, les preguntó Mario Vega, director de *Protocolo del quebranto*, a las víctimas con las que habló en Ucrania. Todas respondieron lo mismo: “Es imposible. Rusia no va a ganar la guerra”. Fue allí cuando el dramaturgo dice haber entendido por qué una guerra tan cruel puede librarse durante tanto tiempo, y con tanta fuerza: por la convicción de la victoria.

Vega viajó a Ucrania en febrero de 2023, acompañado de dos reconocidos periodistas españoles, para recoger testimonios de víctimas directas de la guerra y construir con ellos los personajes de su última obra. El resultado es un espectáculo experiencial, desgarrador, violento, frío, lleno de dolor y de preguntas sobre la condición humana. Presentado por Unahoramenos Producciones y producido por el Teatro Pérez Galdós, la obra se presentará en octubre en el Teatro Jorge Eliécer Gaitán, en el marco del Festival Internacional de Artes Vivas de Bogotá.

Usted ya había trabajado temas sociales en sus obras, ¿por qué decidió que esta fuese sobre la guerra?

Ya habíamos hecho un espectáculo sobre los refugiados y sobre los migrantes, pero nos faltaba hablar de los motivos que llevan a la gente a migrar y refugiarse. Partimos desde allí y planteamos la posibilidad de hacer un espectáculo que tuviese que ver con la guerra. La posibilidad estuvo rondando la cabeza del equipo durante mucho tiempo. Cuando estalló la guerra en Ucrania decidimos que era momento de poner el tema sobre la mesa.

¿Cómo fue el proceso para construir los personajes de la obra?

En febrero de 2023 viajé a Ucrania, acompañado de personas que habían estado ejerciendo como periodistas de guerra. Allí hicimos 19 entrevistas a víctimas directas, desde mutilados, gente que había perdido su familia, padres que perdieron a sus hijos. En las obras anteriores construimos las historias sobre la realidad. Esta vez decidimos hacerlo desde la

ficción, pero necesitábamos historias reales para armar los personajes, para que su carne tuviera todo ese tufo a realidad.

¿Cómo se acercaron a la gente?, ¿Cómo hacerlo sin sentirse saqueadores de historias? Al final entran a tomar lo que necesitan y después se van.

El proceso para acercarnos a las víctimas es muy parecido al periodismo. Fuimos al hospital de mutilados, a Bucha, a Irpín, algunas de las ciudades más azotadas por la guerra en la zona de Kiev. Cada vez que nos acercamos nos encontramos con gente que quería contarnos su historia, que lo necesitaba. Pero como no era propiamente periodismo, sino un trabajo de investigación para hacer luego un proceso creativo, tenía que ver más con lo que ellos querían contar que con lo que nosotros queríamos saber. Sin embargo, creo que sí hay una parte de saqueo de información que es muy difícil, sobre todo sabiendo que uno llega de otra realidad. Hay que tener cuidado para que esa oportunidad que les damos de contar no termine convertida en un atraco.

Después de visitar Ucrania y ver la guerra, ¿qué se llevó con usted? ¿Qué fue eso de lo que no se pudo librar?

Yo no vi la guerra. No viví los bombardeos, ni la muerte. Yo conviví con una guerra que estaba produciéndose en el país y visité lugares que habían sido bombardeados, pero cuando llegué la guerra no estaba sucediendo, aunque después volvió. Creo que uno se lleva el dolor, la incompreensión, el valor que se le da a la vida y a la lucha. Hasta cuando me fui la despedida siempre era 'hasta la victoria'. Todos confiaban en que Ucrania iba a ganar y creo que esa convicción es la única capaz de lograr que se libre una guerra durante tanto tiempo; la convicción de la victoria frente al dolor.

Hay un fragmento de la obra donde Nadia, uno de los personajes, dice que mirarse al espejo es un acto heroico, ¿por qué?

En la guerra sucede algo y es que no tenemos un espejo que nos diga cómo nos estamos comportando, porque estamos muy ocupados mirando al enemigo. Ese es el punto de partida con el que trabajo: en la guerra todos somos víctimas y victimarios. La maldad, la cercanía con la violencia, la guerra, es un cáncer que corroe a todo el que se acerca, aunque sea de visita.

¿Dónde se alojaron?

Durante esos días me quedé en el Hotel Europa y allí se hospedaban muchos corresponsales de medios de comunicación europeos. En la noche, cuando había toque de

queda, me sentaba a hablar con ellos y todos me contaban la necesidad de salir. Se puede estar un tiempo en la guerra, pero tienes que irte porque terminas por perder la perspectiva. Convivir con la violencia causa eso y por eso es una de las premisas de la obra: vivir en el fango, te convierte en fango también.

¿Por qué decidió que el protagonista fuese un fotoperiodista?

No decidí que fuese un fotoperiodista. La decisión era que fuera una persona que no estuviese implicada en la guerra. Pasó por un periodista, un fotoperiodista, incluso, en los albores, se vio la posibilidad de que fuese el trabajador de una ONG. La idea era explorar la mirada del tercero que se convierte en cómplice.

Su deseo de narrar la guerra está atravesado por sus obras anteriores: *Me llamo Suleimán*, que trata el tema de la migración, y *Moria*, sobre los refugiados. ¿Dónde se encuentran esos procesos?, y ¿cuáles son las grandes diferencias entre ellos?

Siempre que hacemos espectáculos vinculados a estos temas, terminan siendo terriblemente duros, pero también terriblemente edulcorados. En *Moria*, por ejemplo, también hicimos entrevistas, pero en el proceso creativo no escogimos los casos más duros porque eran incontables. Era tal su nivel de dureza que no se podían contar y, si lo hacías, nadie se lo iba a creer. Esta vez, en *Protocolo del quebranto*, nos hemos ido al extremo para contar la guerra porque para mí era importante llevar al público hasta el límite. Es una obra más experiencial que documental, porque terminas sufriendo y viviendo el dolor de los personajes. Se siente el frío, la humedad, el llanto, lo sientes todo. Y no es que se haya buscado eso, es que no había otra forma de hacerlo.

¿Qué puede hacer el arte ante una guerra como esta?

Esta es una de las grandes oportunidades que nos da el teatro, nos permite vivir una experiencia que no nos da una noticia, ni un artículo en el periódico. Nos da la oportunidad de ponernos delante un espejo, el famoso espejo de Nadia, y decir: mira, estos somos nosotros, los seres humanos en el punto más crudo de la historia. No vamos a cambiar el mundo con una obra de teatro, pero sí tenemos que intentarlo. Cada vez que hacemos un espectáculo con estas características, estamos luchando contra el virus de la indiferencia.

¿Podría contarme alguno de los testimonios que recuerda?

Recuerdo que estábamos en el hospital de mutilados y una señora, de un alto cargo militar, nos detuvo y nos invitó a su despacho a tomarnos un café. Cuando estábamos allí nos

preguntó abiertamente: ¿De qué bando va a estar el espectáculo?, ¿Va a estar a favor o en contra de Ucrania?

La obra se presentará el jueves 10, viernes 11 y sábado 12 de octubre en el Teatro Jorge Eliécer Gaitán.
Toda la programación se puede consultar en la página oficial del Festival Internacional de Artes Vivas,
FIAB Bogotá www.fiabogota.com Las entradas en www.tuboleta.com